

La Competencia Emocional como herramienta evolutiva de la Pedagogía de las Cosas

M^a Inés Martín García

Universidad de Castilla-La Mancha (UCLM)

1. Introducción

A lo largo de la Historia, las emociones han sido un campo de estudio que ha interesado al ser humano, de forma que el campo educativo no puede ser ajeno a este hecho: “la inteligencia emocional, el capitalismo emocional, la gestión de las emociones y el cerebro de las emociones fueron nociones acuñadas al amparo de un proceso extenso y complejo que afectó de manera transversal a las ciencias sociales, humanas y de la vida” (Bjerg, 2019, p.3).

Algunas de las preguntas que se hacían en la Antigua Grecia son similares a las que las personas nos seguimos haciendo hoy en día, por ejemplo, “¿quién soy?”. En ello se basa en la conocida frase que aparece en el templo de Apolo en Delfos “conócete a ti mismo”, la cual continúa inquietándonos y siendo el núcleo del conocimiento de las emociones.

Otro gran desafío es el de comprender a los que nos rodean. El ser humano es considerado un ser social por naturaleza, lo cual es el detonante de la evolución de nuestro cerebro a través de los siglos.

Tras muchas teorías filosóficas y clínicas, el interés por el campo de las emociones se retoma en los siglos XX y XXI de la mano de autores como Watson (1924), Mowrer (1960), Allport (1967), Izard (1972), Elkman (1979), Plutchnick (1980), Gardner (1983), Salovey y Mayer (1990), Goleman (1995) o Bisquerra, Fernández-Berrocal y Extremera en España en la actualidad.

De este modo, puede afirmarse que las emociones y otros conceptos relacionados como el de Inteligencia Emocional y Competencia Emocional son fundamentales para comprender el desarrollo y la evolución humana, y que ámbitos como el educativo no pueden estar ajenos a todas las investigaciones e innovaciones que surgen en torno al mismo día tras día.

2. Relación entre Competencia Emocional y Teoría de la Educación.

Desde la segunda mitad de la década de los noventa, los conceptos de inteligencia y emoción van de la mano, siendo la Educación un claro receptor de los resultados de los cambios en estas áreas.

Una primera conceptualización de la Inteligencia Emocional viene de la mano de Salovey y Mayer, quienes cuentan con numerosos estudios e investigaciones en este campo (Mayer y Salovey, 1993, 1997 y 2007; Mayer, Caruso y Salovey, 1999 y 2001; Mayer, Salovey y Caruso, 2000). Entre sus múltiples aportaciones, estos investigadores establecen la siguiente definición de Inteligencia Emocional: “Habilidad para percibir con precisión, valorar y expresar emoción; la habilidad de acceder y/o generar sentimientos cuando facilitan pensamientos; la habilidad de comprender la emoción y el conocimiento emocional; y la habilidad para regular las emociones para promover crecimiento emocional e intelectual” (Mayer y Salovey, 1997, p. 10). Más adelante, estos autores relacionan esta inteligencia con las competencias en el concepto Competencia Emocional: Salovey y Mayer definen la Competencia Emocional como “producto de la conducta emocional de la persona” (Salovey y Mayer, 1997, p. 16).

Hoy en día, sabemos que todas las emociones son adaptativas para el ser humano, de forma que nos ayuda a amoldarnos a todo lo que nos rodea. De este modo, un desequilibrio o una mala gestión de estas puede desencadenar diferentes problemas, tanto físicos como psiquiátricos y/o psicopedagógicos. Es aquí donde se hace evidente la relación entre la Competencia Emocional y la Teoría de la Educación y la necesidad de conocer estas nuevas demandas, en este caso para el campo educativo. La creación de nuevos contenidos, metodologías y evaluaciones deben suponer un ajuste entre las teorías existentes y los cambios e innovaciones sociales y culturales que se están produciendo, ya que influyen de manera concluyente en los procesos de enseñanza-aprendizaje en todos los niveles educativos.

3. Impacto de las Emociones en la Pedagogía de las Cosas

Educar en el siglo XXI significa desarrollar en las nuevas generaciones la incertidumbre y el caos para puedan desarrollar las competencias necesarias para desenvolverse con éxito en el mundo real. Teniendo en cuenta el Triángulo Didáctico (estudiante-profesor/maestro-contenidos), se debe prestar verdadera atención a todos aquellos factores que componen el universo de la persona (no únicamente el perfil

académico).

Autores como Fernández-Berrocal (2021), han expuesto cómo el estado emocional de los docentes interviene en los procesos de evaluación de sus alumnos, siendo más positivos cuando los maestros o profesores sienten alegría y/o emoción indiferente que en casos en los que se siente ira o tristeza. Al igual que en la evaluación, los adultos podemos transmitir nuestro amor por las cosas mediante las emociones, bien mostrando su naturaleza y variabilidad, su estado de pertenencia o perpetuando ese amor a través de nuestros actos.

Desde la materialidad, temporalidad y dependencia y co-dependencia de las cosas, es interesante que el desarrollo de la Pedagogía de las Cosas se produzca en la relación entre generaciones. De esta forma, los amantes de las cosas intentarán que perduren en el tiempo (y quizás en el espacio) involucrándose y legando a sus sucesores la adaptación positiva y evolutiva al mundo tal cual es. Se trata de educar en responsabilidad a través de la ética, la política y la estética, mostrando que este sentimiento es un estado social que se hace fundamental en la práctica docente.

4. Amor por las Cosas en los diferentes niveles educativos.

Todas las personas sabemos que, en muchas ocasiones, nuestros pensamientos no coinciden con nuestro modelo racional o automático, sino que, de forma consciente, podemos prestar atención a ellos cuando suceden. Algo parecido ocurre en el caso de las cosas pertenecientes a memoriales, bibliotecas o museos, donde sabemos que existen amplias colecciones de cuyo valor muchas veces no somos conscientes y que, cuando lo somos, pueden ser o no de nuestro agrado.

Se demuestra aquí de nuevo la existencia de un triángulo didáctico discípulo de la inteligencia racional y la inteligencia experiencial (cercana a la emocional), a través de las cuales los docentes podemos obtener información para orientar al alumnado de forma plena, obteniendo éstos bienestar y un óptimo rendimiento o aquellas herramientas que necesiten para perfeccionarlo.

Desarrollar la inteligencia emocional del personal educativo de modo estructurado y con rigor, a la par que dinámico y experiencial, incidirá en la mejora del bienestar de los agentes relacionados con la educación. Como se relató con anterioridad, todo ello deberá llevarse a cabo en todos los niveles educativos, desde los primeros momentos de la Educación Infantil hasta la Enseñanza Universitaria. Sólo de este modo podrá llevarse a

cabo una Pedagogía de las Cosas desde la responsabilidad y el compromiso.

Desde la Teoría de la Educación, se debe comprender y predecir aquellas manifestaciones que tendrán lugar en los entornos pedagógicos, donde un buen clima de trabajo impulsará el aprendizaje y la autoestima en docentes y discentes mediante la atención a la diversidad de todos los miembros de la comunidad educativa, incrementando las labores de innovación y emprendimiento educativo, mejorando la calidad de las aulas a través del refuerzo de la atención plena, seguridad y bienestar académico.

5. Conclusiones

En el campo educativo, está claro que los contenidos cognitivos y de conocimiento son importantes, pero también debe desarrollarse la capacitación emocional de docentes y discentes. A través de la Pedagogía de las Cosas, podremos cumplir este objetivo de un modo multidisciplinar, donde las vertientes que forman la Teoría de la Educación desemboquen en una única formación de la persona.

Respecto la comunidad educativa, se hace imprescindible el contar con profesionales que desarrollen, investiguen e innoven en el campo de la competencia emocional, tanto para su vida personal como en la laboral. Personas que cuenten con las destrezas que les permitan afrontar la evolución imparable del sistema educativo, en este caso, español.

La calidad educativa depende de que la relación entre generaciones no se pierda, funcionando como un sistema en el que se transmiten y heredan formas de adaptación y amor, donde el eje vertebrador será la verdadera atención y el sentido de unidad hacia todos los componentes del triángulo didáctico.

6. Referencias bibliográficas

Allport, G. W. y Ross, J. M. (1967). Personal religious orientation and prejudice. *Journal of personality and social psychology*, 5(4), 432.

Bisquerra, R. (2011). *Educación emocional. Propuesta para educadores y familias*. Desclée.

Bjerg, M. (2019). Una genealogía de la historia de las emociones. *Quinto Sol*, 23(1), 1-20
<http://dx.doi.org/10.19137/qs.v23i1.2372>

Ekman, P. y Oster, H. (1979). Facial expressions of emotion. *Annual review of psychology*, 30(1), 527-554. <https://doi.org/10.1146/annurev.ps.30.020179.002523>

Extremera, N. y Fernández-Berrocal, P. (2004). La importancia de desarrollar la

- inteligencia emocional en el profesorado. *Revista Iberoamericana De Educación*, 34(3), 1-9. <https://doi.org/10.35362/rie3334005>
- Goleman, D. (1995). *Emotional Intelligence. Why it can matter more than IQ*. Bantam Books.
- Izard, C. E. (1992). Basic emotions, relations among emotions, and emotion-cognition relations. *Psychological Review*, 99(3), 561–565. <https://doi.org/10.1037/0033-295X.99.3.561>
- Mayer, J. D., Caruso, D. R. y Salovey, P. (1999). Emotional intelligence meets traditional standards for an intelligence. *Intelligence*, 27(4), 267-298. [https://doi.org/10.1016/S0160-2896\(99\)00016-1](https://doi.org/10.1016/S0160-2896(99)00016-1)
- Mayer, J. D., Caruso, D. R. y Salovey, P. (2001). Emotional intelligence meets traditional standards for an intelligence. *Intelligence*, 27, 267-298. [https://dx.doi.org/10.1016/S0160-2896\(99\)00016-1](https://dx.doi.org/10.1016/S0160-2896(99)00016-1)
- Mayer, J. D., DiPaolo, M. T. y Salovey, P. (1990). Perceiving affective content in ambiguous visual stimuli: A component of emotional intelligence. *Journal of Personality Assessment*, 54, 772-781. <https://doi.org/10.1080/00223891.1990.9674037>
- Mayer, J. D. y Salovey, P. (1993). The intelligence of emotional intelligence. *Intelligence*, 17(4), 433–442. [https://doi.org/10.1016/0160-2896\(93\)90010-3](https://doi.org/10.1016/0160-2896(93)90010-3)
- Mayer, J.D. y Salovey, P. (1997). What is Emotional Intelligence? In P. Salovey y D.J. Sluyter (Eds.), *Emotional development and emotional intelligence: Educational implications* (pp. 3-31). Basic Books.
- Mayer, J. D. y Salovey, P. (2007). *Mayer-Salovey-Caruso emotional intelligence test*. Multi-Health Systems Incorporated.
- Mayer, J. D., Salovey, P. y Caruso, D. (2000). Emotional Intelligence. In R. J. Sternberg, *Handbook of Intelligence* (pp. 396-421). Cambridge University Press.
- Mayer, J. D., Salovey, P. y Caruso, D. (2000). Emotional Intelligence as Zeigeist, as Personality, and as Mental Ability. In R. Bar-On y J. D. A. Parker, *The Handbook of Emotional Intelligence. Theory, Development, Assessment, and Application at Home, School, and in the Workplace* (pp. 92-117). Jossey-Bass.
- Mowrer, O. H. (1960). Two-Factor Learning Theory: Versions One and Two. In O. H. Mowrer, *Learning theory and behavior* (pp. 63–91). John Wiley & Sons Inc. <https://doi.org/10.1037/10802-003>
- Plutchik, R. (1980). A general psychoevolutionary theory of emotion. In *Theories of emotion* (pp. 3-33). Academic press. <https://doi.org/10.1016/B978-0-12-558701->

3.50007-7

Watson, J. B. (1924). The Place of Kinaesthetic, Visceral and Laryngeal Organization in Thinking. *Psychological Review*, 31(5), 339–347. <https://doi.org/10.1037/h0073937>